

MAR. (Dios le proteja!)

DID. Desde hoy en adelante la muerte es el único bien que envidio; sobre deberme la vida, me recompensais muy mal.

MAR. (Qué dice!)

LAF. No todo está terminado; no estoy seguro de que ese hombre sea el marqués de Saverny.

MAR. Es indudable.

LAF. Esto es lo que hay que averiguar.

MAR. Mirad á ese anciano cómo llora y se rie abrazándole; ese espectáculo debe disipar vuestras dudas.

NANG. ¡Es mi sobrino, es mi hijo, es mi vida!...

LAF. ¿Lo afirmáis, señor marqués de Nangis?

NANG. Sí; lo afirmo.

LAF. Despues de esa confesion, os arresto en nombre del rey, señor marqués de Saverny. Entregad la espada.

Todos quedan asombrados y consternados.

NANG. Hijo mio!

MAR. Cielos!

DID. El cardenal romano necesita dos cabezas.

NANG. Y con qué derecho?

LAF. Pedid esas explicaciones á su eminencia, que ordenó castigar á todos los que sobrevivieran en los desafios. Entregadme la espada.

SAV. (Sacándola y presentándosela.) Aquí la tenéis.

NANG. Espera. Aquí en mi casa nadie manda. Unicamente yo en mi castillo tengo derecho á la justicia alta y á la justicia baja; y aunque entrase aquí el rey, solo seria mi huésped. (A SAVERNY.) No entregues tu espada á nadie más que á mí.

SAVERNY se la entrega á su tío.

LAF. Monseñor, debo deciros que ese derecho feudal está en desuso, y que el señor cardenal podrá reconvenirme; pero por no afligiros...

DID. Infame!

LAF. Condesciendo. En cambio en este momento os suplico que me presteis vuestra escolta y vuestra cárcel.

NANG. (A sus guardias.) Vuestros padres han sido vasallos de mis antepasados, y os prohibo que le obedezcais.

LAF. (Con voz tonante.) Soy juez del tribunal secreto de monseñor el cardenal. Encerrad á los dos en un calabozo y custodiad las puertas. Si os atreveis á desobedecerme, si vacilais, es que os habeis cansado de vivir.

Los guardias, consternados, se llevan en silencio á los dos prisioneros. El MARQUÉS DE NANGIS, indignado, oculta el rostro entre las manos.

MAR. (Todo se ha perdido!) (A LAFFEMAS.) Si vuestro corazon fuera generoso...

LAF. (Bajo á MARION.) Esta noche os diré dos palabras si venís á verme.

MAR. (¿Qué querrá indicarme su sonrisa fúnebre?)

Arrojándose sobre DIDIER para abrazarle.

DID. Con frialdad.) Adios!

MAR. Qué te he hecho? ¡Soy muy desgraciada! (Dejándose caer en el banco.)

DID. En efecto, eres una desgraciada!

Entra el criado y se dirige al MARQUÉS DE NANGIS.

CRIADO. Están dispuestos ya los funerales de monseñor el marqués de Saverny, y vengo á saber á qué hora y qué dia quereis que se celebren.

LAF. Volved dentro de un mes.

Los guardias se llevan á DIDIER y á SAVERNY.

FIN DEL ACTO TERCERO.

## ACTO CUARTO

### El rey

#### EN CHAMBORD

La sala de los guardias en el castillo de Chambord.

#### ESCENA PRIMERA.

El DUQUE DE BELLEGARDE, en traje de corte, y el MARQUÉS DE NANGIS, de luto riguroso, siempre seguido por sus guardias. Atraviesan la sala y se encuentran en el fondo.

BELLEGARDE. Le han condenado?

NANG. Sí.

BELL. Pero el rey puede indultarle; este derecho pertenece al trono, y es un deber de su raza. Estad tranquilo. Luis XIII es hijo de Enrique IV, no solo por el título, sino tambien por el corazon.

NANG. Yo fui compañero de su padre.

BELL. Y yo tambien le serví... pero ahora el único señor aquí es el cardenal de Richelieu...

Abre una puerta lateral.

Vá á venir en seguida, y si os he de hablar francamente, debo deciros que vuestro traje es tan antiguo que hará reir á la corte.

NANG. Se reirá de mi luto!

BELL. Los cortesanos son burlones;

creedme y ocultaos allí. El rey no tardará en venir, y yo le prepararé contra el cardenal; cuando pegue con el pié en el suelo, salid.

NANG. (Estrechándole la mano.) ¡Dios os lo pagará!

BELL. (A un mosquetero que se pasea por delante de una puertecilla dorada.) Qué hace el rey?

MOSQUETERO. Señor duque, su majestad está trabajando... con un hombre vestido de negro.

BELL. (Creo que está firmando en este momento una sentencia de muerte.) ¡Vamos, valor! (Al marqués, estrechándole la mano é introduciéndole en la galería inmediata por la puerta lateral que antes abrió.) Esperando que os llame, entreteneos en admirar los techos, que son obra maestra.

Salen los dos. Entra MARION, vestida de luto, por la puerta grande del fondo, en la que hay alabarderos de guardia.

#### ESCENA II.

MARION y los guardias.

ALABARDERO. Señora, no se puede entrar.

MAR. Pero...

ALABARDERO. No se puede. (Poniendo la alabarda al través de la puerta.)

MAR. Pues es preciso que hable un instante al señor duque de Bellegarde.

ALABARDERO. (Bajando la alabarda.) (Siempre ha de haber en palacio viejos verdades.)

MOSQUETERO. Entrad, señora.

ALABARDERO. El duque no es tan viejo como parece; no hace mucho el rey le hizo encerrar en la torre del Louvre por haber dado una cita en palacio.

MOSQUETERO. Callad! La puerta se abre.

La puerta dorada se abre; por ella sale LAFFEMAS llevando en la mano un pergamino rollado, del que pende un sello de cera roja con cordones de seda.

#### ESCENA III.

MARION y LAFFEMAS.

Los dos se sorprenden al encontrarse.

LAF. Qué haceis aquí?

MAR. Y vos?

LAF. (Desdobla el pergamino y lo pone ante los ojos de MARION.)

LAF. Leed; está firmado por el rey.

MAR. (Despues de leer rápidamente.) Dios mio!

LAF. (Inclinándose al oido de MARION.) Quereis? Quieres?

MAR. (Rechazándole.) Tentador, déjame.

LAF. No quieres?...

MAR. No te temo. El rey puede perdonarle, y el rey es el que manda.

LAF. Pues bien; prueba. Se vá. Entra el DUQUE DE BELLEGARDE.

#### ESCENA IV.

MARION y el DUQUE DE BELLEGARDE.

MAR. Señor duque, aquí sois el capitán.

BELL. Ah! sois vos, preciosísima? Qué deseais, reina mia?

MAR. Ver al rey.

BELL. Cuándo?

MAR. En seguida.

BELL. La orden es terminante. ¿Para qué?

MAR. Porque necesito hablarle.

BELL. (Riendo.) ¡Cree que es cosa facilísima hacer venir al rey!...

MAR. Es que me lo negais?

BELL. Pero si yo os pertenezco; ¿nos hemos rehusado nada nunca el uno al otro?

MAR. Bien, pero... ¿Hablaré con el rey?

BELL. Primero hablad con el duque. Os prometo que no tardareis mucho en ver al rey cuando pase por aquí; mientras, hablemos. Me extraña mucho veros vestida de negro como una dama de honor, y además tan seria, cuando tan aficionada érais á reir antes.

MAR. Monseñor, ya no rio nunca.

BELL. Pardiez! ¡Si creo que estais llorando!

MAR. (Enjugándose las lágrimas.) Señor duque, necesito hablar con el rey en seguida.

BELL. Con qué objeto?

MAR. Para...

BELL. ¿Para hablarle tambien contra el cardenal?

MAR. Sí, duque.

BELL. (Abriéndole la puerta de la galería.) Entrad aquí; en esta galería escondo á todos los descontentos. No salgais antes de que yo os avise.

MARION entra en la galería y él cierra. La sala se vá llenando de cortesanos, que llegan hablando en grupos; el DUQUE DE BELLEGARDE vá de unos á otros. Viene tambien L'ANGELY.

#### ESCENA V.

LOS CORTESANOS.

BELL. (A BEAUPREAN, despues de saludarse.) ¿Qué se murmura hoy?

BEAUPREAN. Se habla del nombramiento de un nuevo cardenal.

BELL. ¿De quién, del arzobispo de Arlés?

BEAU. No, del obispo de Antun. Todo Paris cree que ha conseguido el capelo. Al abate de Goudi le corresponde de derecho, porque estuvo mandando la artillería en el sitio de la Rochela.

BELL. Es verdad.

L'ANG. Apruebo que nombre Su Santidad un cardenal que sepa manejar cañones.

GOUDI. (Riendo.) ¡Este loco de L'Angely!

L'ANG. (Saludándole.) El señor conoce todos mis nombres.

Entra LAFFEMAS y todos los cortesanos le rodean. El DUQUE DE BELLEGARDE lo vé desde lejos con disgusto.

BELL. (A L'ANGELY.) Bufon, ¿quién es ese hombre?

L'ANG. ¿Ese hombre á quien todos le hacen buena cara?

BELL. Sí; no le he visto nunca en palacio. ¡Tiene ínfulas de grande de España!

L'ANG. Se llama Laffemas, y es acusador del Tribunal secreto.

BELL. ¿A ese hombre le llaman el verdugo del cardenal?

L'ANG. Sí, ese es.

BELL. ¿Y ese hombre viene á la corte?

L'ANG. Por qué no ha de venir? ¿Qué significa un gato-tigre más en la casa de fieras? Os le presentaré.

BELL. Cállate, bufon!

L'ANG. Pues yo no le despreciaría si fuera un gran señor; creedme y sed amigo suyo. Ya veis cómo todo el mundo le festeja... y... si no os toma la mano, quizás os tome la cabeza.

BELL. Bah!...

EL VIZCONDE DE ROHAN. (Riendo en el fondo de la sala entre un grupo de cortesanos.) Es delicioso!

L'ANG. El qué?

ROHAN. Que Marion esté en esa galería.

L'ANG. Marion está ahí?

ROHAN. Sí; está sentada en la habitación de Luis el Casto. ¡Eso es delicioso!

L'ANG. Verdaderamente.

BELL. (Al CONDE DE CHARNASÉ.) Conde, ¿habéis tenido suerte en la caza?

EL CONDE DE CHARNASÉ. No... no he podido encontrar ningún lobo. Bufon, ¿no nos cuentas ninguna novedad alegre?

L'ANG. No hace reír nada de lo que

sucede. Solo sé que van á ir á la horca dos hombres por haberse batido.

GOUDI. Por tan poca cosa!...

Se abre la puertecilla dorada y aparece un ujier.

EL UJIER. El rey! (Anunciando.)

Entra el REY vestido de negro. Los cortesanos se descubren. Los guardias bajan las alabardas ó presentan los mosquetes.

## ESCENA VI.

Dichos y el REY.

El REY se coloca en el proscenio y los cortesanos se retiran al fondo de la sala.

EL REY. (Todo vá de mal en peor!...) Dios os guarde, señores. (Se sienta en un gran sillón y suspira profundamente.) Duque, esta noche he dormido muy mal.

BELL. Quién puede dormir?

REY. No es cierto? Mientras, el Estado se hunde poco á poco en el abismo.

BELL. Pero señor, le maneja una mano hábil y fuerte...

REY. Es una carga demasiado pesada para el cardenal-duque, y quisiera aligerarle de su peso...

BELL. Señor... el cardenal no es viejo todavía...

REY. Bellegarde, ahora que nadie nos oye, decidme francamente qué pensáis de él.

BELL. De quién, señor?

REY. De él.

BELL. De su eminencia?

REY. Sí.

BELL. Señor, apenas me he fijado...

REY. Exijo que me habéis francamente. El rey quiere saber qué opináis del cardenal.

BELL. Os lo diré ingénuamente.

REY. Eso deseo.

BELL. Pues bien... creo que es un gran hombre.

REY. En caso necesario iriais á decirselo á Roma, lo oís? Pero el Estado sufre entre él que lo hace todo y yo que no hago nada.

BELL. Ah!...

REY. Dispone de la paz, de la guerra, del Tesoro; decreta leyes, edictos y ordenanzas; es el verdadero rey. Disolvió por medio de una traición á la Liga católica, ofende á la casa de Austria, que me quiere, y de la que desciende la reina...

BELL. En cambio, señor, os deja hacer un soto en el Louvre...

REY. Conspira con el rey de Dinamarca...

BELL. En cambio os deja que fijéis á los joyeros el peso de la plata...

REY. Hace la guerra á Roma...

BELL. Os dejó en otro tiempo redactar un edicto, en el que prohibíais que los trabajadores hicieran más de un escudo de gasto por cabeza en la taberna, aunque quisieran gastar más.

REY. Celebra tratados, ocultándome. El lo hace todo; yo soy para los franceses una sombra nada más.

BELL. Pero...

REY. Me tienen disgustado todos los suyos.

BELL. Señor, la envidia...

REY. Su sobrina, la Combalet, lleva una vida desgarrada.

BELL. La maledicencia...

REY. Tiene doscientos guardias de infantería.

BELL. Pero solo tiene cien de caballería.

REY. Esto es un escándalo!

BELL. Señor, él salva á la Francia.

REY. El busca la perdición de mi alma; con una mano hace la guerra á los paganos y con la otra firma un pacto con los hugonotes suecos. Además, ha hecho cortar muchas cabezas en la plaza de la Grève. Todas las de mis amigos.

BELL. No trata mejor á los suyos. Perdonó acaso á Saint-Preuil?...

REY. Tiene un modo extraño de querer... ha desterrado á mi madre. Le odio, me oprime y me domina, y no puedo ser libre ni señor.

Pausa.

Ese hombre hace lo bueno malo y lo malo peor. El Estado, como yo, que estaba enfermo, en sus manos empeora cada día. Soy digno de compasión.

BELL. Sufre vuestra majestad?

REY. Me fastidio.

Pausa.

Yo, que debía ser el primero en Francia, soy el último; cambiaría mi suerte por la de cualquier trabajador. Estoy cansado de ver siempre ante mí á ese hombre rojo, grave é imponente, diciéndome: "Señor, es menester hacer esto... Esto es una irrisión! Ese hombre me roba al pueblo.

BELLEGARDE pega con el pié en el suelo y entran el MARQUÉS DE NANGIS y MARION.

## ESCENA VII.

Los mismos, MARION y el MARQUÉS DE NANGIS.

El MARQUÉS con su acompañamiento avanza hasta cerca del rey y pone una rodilla en el suelo; MARION se arrodilla á la puerta.

NANG. Justicia!

REY. Contra quién?

NANG. ¡Contra el tirano que se llama cardenal-ministro!

MAR. Perdon!

REY. En favor de quién?

MAR. De Didier.

NANG. Justicia para el marqués de Saverny.

REY. Yo he oído pronunciar esos dos nombres en alguna parte.

NANG. Señor, os pedimos perdon y justicia.

REY. Con qué título lo pedís?

NANG. Soy tío de uno de los dos.

REY. Y vos?

MAR. Yo soy hermana del otro.

REY. Tío y hermana, decidme vuestra pretension.

NANG. Yo, Guillermo, marqués de Nangis, capitán de cien lanzas, barón del monte y de la llanura, os pido que me hagais justicia en nombre de mi sobrino el marqués de Saverny, contra Armando Duplessis, cardenal de Richelieu.

MAR. Monseñor, hablad por los dos. (Bajo al MARQUÉS DE NANGIS.)

NANG. El mes pasado tuvieron un lance de honor mi sobrino y un capitán llamado Didier, de dudosa nobleza, pero que los dos se portaron como bravos. El ministro habia apostado espías y...

REY. Basta... Conozco ese lance. Qué tenéis que decirme?

NANG. (Poniéndose en pié.) Vengo á decir que ya es hora, señor, de que atajeis los sombríos proyectos del cardenal-duque, que os privan de vuestros mejores vasallos. Vuestro padre Enrique, de feliz memoria, no hubiera entregado así á su leal nobleza; sabia conservarla, y comprendía que con la gente de armas, tan útil para la guerra, no debía concluir. Aquella época fué muy próspera para la Francia; viví en ella y me honro recordándolo; la señoría palpitaaba aun entonces en la nación. Os prevengo, señor, que no os aventureis en tan peligroso juego, ya que sois rey de Francia y ha de llegar un día en que esteis en la presencia de Dios. Antes de que sea tarde, os aconsejo que mediteis que vale más un combate que un suplicio, que no dá contento ni honor á las naciones necesitar más verdugos que soldados, que es un pastor irresistible para la Francia ese sacerdote que le hace pagar el diezmo de sus cabezas, y que ese sacerdote, illustre entre los inhu-

manos, que toca vuestro cetro, lo toca con las manos manchadas de sangre.

REY. El cardenal es mi amigo, y el que me quiera le ha de querer.

NANG. Señor...

REY. Basta: el cardenal es mi otro yo. Basta de discursos, que me hacen encañecer.

NANG. Oid, señor, á un viejo y á una mujer que llora, y que vienen á hablaros de un asunto de vida ó de muerte para ellos.

REY. Pero qué me pedís?

NANG. El perdón de Saverny.

MAR. El perdón de Didier.

REY. Lo que el rey malgasta en gracias se lo roba á la justicia.

MAR. ¡Ah, señor, sed compasivo, tened piedad de dos jóvenes insensatos que un lance de honor arrastra al abismo, á los que condenan á morir infamemente en la horca! Soy una infeliz mujer, que ignoro cómo se debe hablar á los reyes; solo sé llorar, y esto agrava la causa ante vuestro cardenal, que no sé por qué odia á esos dos jóvenes... A Didier nunca le ha visto, y el que le ve le ama. ¡Morir los dos tan jóvenes y por haberse batido! Lances de esa clase se presencian todos los días; todos estos señores lo saben; preguntádselo, señor. Con que pronuncieis una sola palabra podeis salvar dos vidas; y os negais á pronunciarla! Perdon, perdon! Si yo supiera hablar, os convenceria y me contestaríais diciendo: "Es preciso consolar á esta pobre mujer, que no tiene en el mundo más cariño que el de Didier." Tened piedad de mí!

REY. Quién es esta dama?

MAR. La hermana de Didier, que se postra temblando á vuestras plantas. Debeis proteger á vuestro pueblo.

REY. Sí; pero el duelo no ha causado nunca tan grandes estragos como ahora.

MAR. El rey necesita tener piedad.

REY. Necesita hacer escarmientos.

NANG. ¡Con dos jóvenes de veinte años, señor!

MAR. Si teneis madre, mujer, hijo, alguno que ameis, un hermano... tened piedad de una hermana.

REY. Marqués de Nangis, ¿qué es esa escolta que os acompaña? ¿Estamos en estado de sitio? ¿Para que os sigan vuestros guardias hasta mi presencia, sois duque ó par?

NANG. No, señor; soy más que duque y par; soy baron breton de cuatro baronías.

BELL. (Su orgullo en esta ocasion es inoportuno.)

REY. Bien; pues encerrad ese derecho en vuestros dominios, que en los nuestros no debe prevalecer.

NANG. Señor, en nombre de vuestros padres, tened presente la tierna edad de los dos jóvenes y el orgullo de un viejo que se abate á vuestros piés.

El REY hace una señal brusca de rehusar el perdón con cólera.

(Levantándose.) Del rey Enrique vuestro padre fui compañero, y aquí estaba yo cuando el regicida le hundió el puñal... hasta la noche custodié al rey muerto, como era mi deber. Señor, he visto á mi padre y á mis seis hermanos morir peleando con las facciones contrarias, y perdí tambien á la mujer que me amaba; ahora, al viejo que aquí veis, el Señor se lo ha arrebatado todo, todo, hasta la fuerza y la salud, y este último golpe me matará. ¡Señor, Dios os conserve la vida muchos años!

Saluda profundamente y se vá. María se levanta penosamente y vuelve á caer desfallecida en el umbral de la puertecilla dorada del gabinete del REY.

REY. (Secándose una lágrima y siguiéndola con la vista.) Para no convencerme he tenido que sacar fuerzas de flaqueza; hacer bien es muy fácil... ese anciano me ha conmovido... duque, antes que ese anciano me dijisteis cosas muy atrevidas que podrán perjudicaros cuando refiera al cardenal la conversacion que hemos tenido. Lo siento por vos. De hoy en adelante sed más prudente... Señores, dejadnos solos. (A los cortesanos.) Tú quédate.

(A L'ANGELY.)

Todos salen excepto MARION, que el REY no vé. El DUQUE DE BELLEGARDE la percibe acurrucada en el umbral de la puerta y se dirige á ella.

BELL. No podeis permanecer en el umbral de esa puerta. Idos de ahí.

MAR. Espero que vengan y que me maten.

L'ANG. (Bajo al DUQUE.) Dejadla, duque. Quedaos ahí. (A MARION.)

L'ANGELY se acerca al rey, que está sentado en el sillón y profundamente pensativo.

### ESCENA VIII.

El REY, L'ANGELY Y MARION.

REY. (Suspirando.) L'Angely, ven; tengo el corazón enfermo y lleno de amargura; mis labios no rien y mis ojos no lloran; ven, tú que eres el único que puedes alegrarme.

L'ANG. ¿No es verdad, señor, que la vida es amarga?

REY. Así es.

L'ANG. ¿Y que el hombre es un soplillo efímero?

REY. Un soplo y nada más.

L'ANG. ¿No es verdad que es una desgracia ser hombre y ser rey?

REY. Es una doble carga.

L'ANG. ¿No es verdad que vale más estar en la tumba que en el mundo?

REY. Siempre lo he creído así.

L'ANG. Despues de encerrarnos en la tumba, ¿creeis que se puede salir de ella?...

REY. Más tarde lo sabremos.

Pausa.

Bufon, soy muy desgraciado.

L'ANG. Me voy convenciendo de ello.

REY. Cómo me he de reír? Conmigo pierdes el trabajo y te es completamente inútil vivir. Es un mal oficio ser bufon del rey.

L'ANG. Vivo por curiosidad; pero vos, para qué quereis vivir? Os compadezco; para ser rey como vos valdria más ser mujer. Yo solo soy un polichinela, de cuyo hilo vos tirais; pero vuestro manto real oculta un hilo más sutil, del que tira una mano más fuerte que la vuestra, y yo prefiero ser polichinela en manos del rey que en las de un sacerdote.

REY. Te burlas, pero dices la verdad. Es infernal ese hombre. Pudiera bien Satanás haberse encarnado en el cardenal y poseerme el alma. ¿No te parece?

L'ANG. Esa idea me ha ocurrido ya algunas veces.

REY. Consuélame.

L'ANG. Teneis por gran mérito y con razon poseer el arte de dirigir los aletos para cazar las perdices. El buen cazador, como vos sois, debe hacer mucho caso del halconero.

REY. El halconero es Dios!

L'ANG. Hay dos perdices que van á morir á sus piés.

REY. A un mismo tiempo?

L'ANG. Sí.

REY. Quiénes son?

L'ANG. Dos jóvenes, en cuyo nombre acaban de pedir el perdón.

REY. Saverny y Didier?

L'ANG. Sí.

REY. Vaya una calamidad! Por morir dos halconeros no se vá á morir el arte. Es menester castigar el duelo. ¿Por qué se batieron?

L'ANG. Por cualquier cosa.

REY. Richelieu quiere que mueran.

L'ANG. Y vos quereis, señor?

REY. (Despues de reflexionar y en voz baja.) Morirán.

L'ANG. Así me lo figuro.

REY. Pobre cetrería!

L'ANG. (Yendo á la ventana.) Mirad, señor.

REY. Qué?

L'ANG. Os suplico que mireis.

El REY se levanta y vá á la ventana.

REY. Qué he de mirar?

L'ANG. Ved cómo acaban de relevar al centinela.

REY. Y qué?

L'ANG. ¿Quién es aquel hombre que lleva galones amarillos?

REY. El cabo.

L'ANG. Sustituye á un centinela por otro. ¿Qué le dice en voz baja?

REY. La consigna. Bufon, ¿dónde vas á parar?

L'ANG. A esto: como esos hombres, los reyes hacen tambien centinela en el mundo, y en vez de llevar una pica en la mano, llevan un cetro. Cuando han terminado el tiempo que deben estar de vigilantes, la muerte, que es el cabo de los reyes, le sustituye por otro porta-cetro, y de parte de Dios le dá al oído la consigna, que consiste en esta palabra: *Clemencia*.

REY. No; consiste en esta otra: *Justicia*. No debemos llorar la pérdida de dos halconeros. Morirán.

L'ANG. Como vos y como yo. La muerte devora lo mismo á los grandes que á los pequeños. Llegará el día menos pensado en que nosotros tres, el bufon, el rey y el señor, dormiremos el sueño eterno, y por grandes y orgullosos que hayamos sido, no ocuparemos más de seis piés de extension en el ataúd. El cardenal ya solo puede salir en litera...

REY. Verdaderamente la vida es sombría, y en la tumba reina la tranquilidad, y si yo no te tuviera á mi lado para distraerme un poco...

L'ANG. Precisamente, señor, entré á despedirme de vos.

REY. Qué dices?

L'ANG. Que os dejo.

REY. Eso es una locura. Solo la muerte libra de servir á los reyes.

L'ANG. Entonces será que debo morir.

REY. Estás loco de veras?

L'ANG. Me condenais vos, rey de Francia.

REY. Te estás burlando, bufon?

L'ANG. He tomado parte en el duelo de esos dos jóvenes que se batieron, porque en el duelo intervino mi espada, y os la devuelvo.

Saca la espada y se la presenta al rey, poniendo una rodilla en tierra.

REY. (Tomándola y examinándola.) ¿Quién te ha dado derecho á llevar esta espada?

L'ANG. Señor, soy gentil-hombre; pero ya que no habeis querido perdonar á los culpables, yo soy culpable tambien.

REY. Déjame, pobre loco, que te abrace el cuello antes de que te lo corten.

Abraza á L'ANGELY.

L'ANG. (Lo ha tomado en serio.)

REY. El verdadero rey jamás se opone á lo que es justo; ¡pero cardenal, sois muy cruel queriendo causar tres víctimas por un solo desafío!

El REY se pasea agitado; despues se vuelve hácia L'ANGELY, que está inquieto.

Pero en fin, consuélate, ya que la vida es amarga, y más vale morir, ya que el hombre no es más que un soplo efímero.

L'ANG. (Diablo!)

REY. Crees que te ahorcarán?

L'ANG. (Estoy sudando!...) A menos que vos os opongais...

REY. Si te matan, ¿quién me hará reír? Gran triunfo para el cardenal!

Pausa.

¿Crees que si yo quisiese podría mandar?

L'ANG. Montaigne hubiera dicho: *Quién sabe?* Y Rabelais hubiera dicho: *Quizás.*

REY. Bufon, trae aquel pergamino.

L'ANGELY le presenta rápidamente un pergamino que hay en una mesa, cerca de un escritorio. El REY escribe en él con rapidez algunas palabras, y despues entrega el pergamino á L'ANGELY.

Os perdono á todos.

L'ANG. A los tres?

REY. Sí.

L'ANG. Señora, venid; arrodillaos y dad las gracias al rey.

MAR. Le han perdonado?

L'ANG. Yo he sido el que...

MAR. ¿Qué rodillas debo abrazar, las vuestras ó las suyas?

REY. (Asombrado y contemplando á MARION.) ¿Qué es esto? Me han tendido una red?

L'ANG. Tomad este pergamino.

MARION lo toma, lo besa y se lo esconde en el seno.

REY. (Me habrán engañado?) Señora, devolvedme ese pergamino.

MAR. (Gran Dios!) Señor, venid á tomarlo y arrancadme con él el corazón.

L'ANG. (Bajo á MARION.) (No lo entregueis, que el rey no meterá ahí la mano.)

REY. Os digo que me lo entregueis.

MAR. Tomadlo.

REY. (Bajando la vista.) (¿Quién será esta sirena?)

L'ANG. (Bajo á MARION.) (El rey no se atrevería á sacarlo del corsé de la reina.)

REY. Pues bien, marchaos.

MAR. Corro á salvar á los prisioneros.

Se vá.

L'ANG. Esa sirena es la hermana de Didier.

REY. Será lo que será, pero es extraño que me haya hecho bajar los ojos á mí, que soy hombre.

Pausa.

Bufon, te has divertido conmigo y tendré necesidad de concederte otro perdon.

L'ANG. Concedédmelo, señor, que cada gracia que otorga un rey es un peso que se quita del corazón.

REY. Es verdad. Me han hecho sufrir mucho los días que han habido ejecuciones en la plaza de la Grève, y Nangis tiene razon, hemos abusado de la horca.

Paseándose á grandes pasos.

Es cometer una traicion venir cara á cara á suprimir al hijo del rey Enrique el derecho de indultar. No, no quiero que esos dos hombres mueran; vivir es un grato dón que nos concede el cielo. Dios, que sabe dónde vamos los mortales, puede abrir la tumba, pero un rey no. Los devuelvo los dos á sus familias y que vivan; de ese modo me bendecirán el anciano y la jóven. Yo, que soy el rey, he firmado su perdon; el cardenal estará furioso, pero tanto mejor; esto alegrará al duque de Bellegarde.

L'ANG. (¡Gracias á Dios que ha sido una vez rey por inadvertencia!)

FIN DEL ACTO CUARTO.

## ACTO QUINTO

### El cardenal

La torre de Beaugency.—El patio de la cárcel.—En el fondo la torre, rodeada de alta muralla.—A la izquierda una puerta grande, ojiva; á la derecha una puerta pequeña, formando arco, y en la muralla, cerca de ésta, una mesa, situada delante de un banco de piedra,

L'AFFEMAS, al momento de entrar, se vuelve, contempla un instante á MARION y se dirige hácia ella. El CARCELERO cierra la puerta.

LAF. Os vuelvo á encontrar todavía y aquí; el sitio es equívoco.

MAR. Vengo porque he conseguido su perdon.

LAF. Y yo la orden que lo revoca.

MAR. (Sobresaltada.) La gracia está firmada desde esta mañana.

LAF. Y la revocacion que yo traigo desde esta noche.

MAR. Dios mio! ¡Perdí mi última esperanza!

LAF. La esperanza solo es un relámpago que brilla y pasa; y no debe fiarse en la clemencia de los reyes, que viene á pasos lentos y que huye con piés ligeros.

MAR. El rey mismo se conmovió y quiso salvarles...

LAF. El rey no puede querer lo que el cardenal no quiera.

MAR. Oh, Didier mio! ¡Se extinguió mi última esperanza!

LAF. La última no.

MAR. Qué decís?

LAF. Teneis á vuestro lado un hombre, al que una palabra vuestra puede hacer más feliz que el mismo rey y tambien más poderoso.

MAR. Oh, márchate de aquí!

LAF. Es esta tu última palabra?

MAR. La última.

LAF. Las mujeres son muy caprichosas; otras veces habeis sido fácilmente cariñosa, y hoy, que se trata de salvar á vuestro amante...

MAR. ¡Si para salvarte, Didier mio, es preciso ser infame, no te salvaré! Tu pureza ha contaminado mi alma; no conservo en mí nada de mi pasado; tu amor me ha devuelto la virginidad.

LAF. Amadle, pues. Aun puedo, sin embargo, prestaros un servicio.

MAR. Qué servicio?

LAF. Os puedo hacer entrar á que le veais... esta noche.

MAR. Le veré esta noche!

LAF. Sí; esta noche vendrá en su litera el cardenal para ver lo que aquí sucede.

MARION queda pensativa durante unos momentos: de repente se pasa las manos por la frente y se vuelve hácia L'AFFEMAS.

MAR. Podríaís hacer que se fugasen?

LAF. Sí... si vos quereis...—Entonces para que vigilasen esa brecha, por la que llegará su eminencia, pondria dos hombres adictos á mí.

Poniéndose á escuchar en la puerta pequeña.

Oigo ruido... creo que vienen.

MAR. Le salvaréis?

## ESCENA PRIMERA.

VIARIOS TRABAJADORES.

Se ocupan en derribar el ángulo de la muralla que está á la izquierda del fondo: han abierto ya bastante brecha.

TRABAJADOR 1.º (Cavando.) ¡Qué dura está esta piedra!

TRAB. 2.º No sé por qué nos hacen derribar este trozo de muralla.

TRAB. 3.º Pedro, has visto la horca?

TRAB. 1.º Sí. (Vá á la puerta grande y la mide.) La puerta es estrecha y la litera del señor cardenal no podrá pasar por ahí.

TRAB. 3.º Entonces será tan grande como una casa.

TRAB. 1.º Sí; y tiene grandes cortinajes... La tienen que llevar veinticuatro hombres.

TRAB. 2.º Yo ví cómo andaba esa máquina una tarde.

TRAB. 3.º ¿Y qué viene á hacer aquí su eminencia?

TRAB. 1.º Vendrá á presenciar la ejecucion de esos dos jóvenes; como está enfermo, necesita distraerse.

TRAB. 2.º Terminemos nuestra faena. Continúan trabajando y el lienzo de muralla queda demolido.

TRAB. 3.º Has visto la horca negra? Esa es para el noble.

TRAB. 1.º Para ellos es todo.

TRAB. 2.º Seguro; no levantarían para nosotros una horca negra.

TRAB. 1.º ¿Qué habrán hecho esos señores que los van matando unos tras otros?...

TRAB. 3.º No lo sé, ni lo comprendo.

Continúan trabajando, y cuando ven entrar á L'AFFEMAS, callan. Llega por el fondo, se para ante los trabajadores, examina la brecha y les dá algunas instrucciones. Concluida esta operacion, hace que tiendan sobre la brecha un paño negro que la tapa por completo y despues los despide.—Casi al mismo tiempo aparece MARION, vestida de blanco y con velo: entra por la puerta grande, atraviesa rápidamente el patio y llama en el postigo de la puerta pequeña. L'AFFEMAS se dirige tambien al mismo sitio, el postigo se abre y aparece el CARCELERO.

## ESCENA II.

MARION, L'AFFEMAS y el CARCELERO.

MAR. (Enseñando el pergamino al CARCELERO. Es una orden del rey.

CARCELERO. Señora, no se puede entrar.

MAR. Cómo!

LAF. (Presentándole otro pergamino al CARCELERO.) Está firmado por el cardenal.

CARC. Entrad.

TOMO III.